

leído un breve artículo aparecido en la prensa santiaguina el 1º de septiembre del año pasado, ausente en la bibliografía del ensayo que comentamos, se habría encontrado con la sorpresa de que Guzmán Cruchaga es anterior al granadino y entonces el aporte sería de aquél en la poesía de García Lorca. Tenemos un ejemplo bien claro: en "Yerma", poema trágico estrenado en 1934, el romancista español dice: "Cuando tu carne huelga a jazmín — ¡Que agiten las ramas al sol — y salten las fuentes alrededor!". Nuestro autor escribía en "La Fiesta del Corazón", publicada doce años antes, en 1922, en Madrid, inserto en el poema "La Sed Eterna": "¿Cuándo serás mía? — Sin tí ya no puedo vivir... — Y me diste la gracia bendita — De tu carne que olía a jazmín". En el mejor de los casos esto puede ser una mera coincidencia, muy honrosa para Guzmán Cruchaga, pero de ninguna manera debemos hablar de "un aporte" de García Lorca en el verso del poeta, tan justamente laureado con el Premio Nacional de Literatura en 1962. Esta observación tiene poca o ninguna importancia si consideramos que el profesor Ivelić ha hecho un trabajo muy bien logrado en el cual valora con exactitud y buen criterio literario la obra poética de Juan Guzmán Cruchaga.

<https://doi.org/10.29393/At401-92HAF10096>

El hijo del árbol, de AUGUSTO IGLESIAS.
Santiago, Zig-Zag, 1963

En Chile hay pocos escritores humanistas que cultivan diversos géneros literarios; en general nuestros hombres de letras son unilaterales, sólo tienen vocación para un arte determinado y en él se especializan y, cuando poseen otras aficiones, se desentienden de ellas. Augusto Iglesias es uno de esos varones letrados, cuya obra no está circunscrita a una sola actividad literaria: es dueño de una cultura muy vasta, sabe hasta latín, lo que no es poco decir en nuestro tiempo; tiene un temperamento sumamente sensible y una imaginación y fantasía portentosas, y si a todas estas cualidades se agregan su dinamismo, fogosidad y vehemencia, no le faltan aptitudes y condiciones para cultivar con éxito las más diversas disciplinas literarias. Iglesias tiene genio para la literatura. "Para lo que nos gusta tenemos genio", decía Schlegel y agrega Ortega y Gasset: "el genio, es decir, el don superlativo de un ser para hacer algo, tiene siempre a la par, una fisonomía de supremo placer". Poeta y novelista; historiador y ensayista, crítico y filólogo, en todas sus obras Augusto Iglesias imprime el sello de su inconfundible personalidad: *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile*, ensayo de carácter crítico, y la biografía iniciada del genial estadista don Arturo Alessandri Palma son, a nuestro modesto juicio, sus mejores libros, aunque él muestra especial predilección por *Bolívar*, *el Hombre del Destino* y por *El Goethe de mi Otoño*. En su libro sobre la poetisa chilena reverbera el talento crítico y en la vida de Alessandri encontramos, a la par que un amor grande al pasado de nuestro país, la nobleza de su inalterable lealtad al amigo ejemplar.

En estos últimos días el laborioso polígrafo ha publicado un libro de novelas cortas en las cuales pone en evidencia su pronta imaginación y las eximias condiciones de observador atento de la realidad vivida.

Las siete pequeñas novelas no carecen de interés y en casi todas se divisa la personalidad del autor: en muchas páginas nos parece escuchar sus conversaciones vehementes, crudas y eruditas; los lectores pueden comprobarlo, por ejemplo, en las páginas 90 y 120: sin embargo, ahora sólo vamos a referirnos brevemente a una de estas novelas, a la primera, por ser, a juicio de todos, la mejor y la que naturalmente tiene más interés para nosotros. *El hijo del árbol* es, en cierta manera, una novela histórica muy original sobre la vida de Cristo, en la que Iglesias manifiesta una sorprendente erudición teológica y escriturística. Comenzamos a leer con temor, porque, en general, los seglares —aunque hayan hecho estudios de humanidades en algún Seminario, como en el caso de este autor— yerran cuando excursionan por el campo de la Teología y de la Sagrada Escritura. Por lo común, las novelas históricas carecen de interés, porque sus autores son necios, en el estricto sentido de este vocablo, no saben, ignoran el pasado que debían conocer antes de dar rienda suelta a la imaginación.

Augusto Iglesias, hace amable en su obra, no sólo la personalidad del Redentor sino también las de la Virgen María, San José y Simón de Cirene; sobre todos ellos habla con parsimonia y elevación, su mismo estilo, aunque siempre correcto, como cumple a un perfecto Académico de la Lengua, es en estas páginas más delicado y pulcro, muy de acuerdo con el divino tema. A veces su prosa en *El hijo del árbol*, no obstante esa inconfundible peculiaridad que ya recordamos, se asemeja a aquellas líricas y místicas evocaciones de Gabriel Miró, en las inimitables "Figuras de la Pasión del Señor".

Fuera de esa parte en la cual el autor hace hablar a las aves acuáticas, que podría suprimirse sin que *El hijo del árbol* perdiera nada de su belleza e integridad, toda la narración es viva, vigorosa, apretada y muy conforme con la historia bíblica; la inventiva, lejos de desfigurar los personajes, los ennoblece y dignifica. Humana y misteriosa a la vez aparece la figura de Simón Cirineo, a quien Cristo mira con ternura y gratitud.

Iglesias ha escrito esta novela sobre Cristo con plasticidad y donosura.

Chile y Bolivia definen sus fronteras, de CONRADO RÍOS GALLARDO.
Nascimento, Santiago, 1963

El antiguo Canciller del primer Gobierno de don Carlos Ibáñez, avezado diplomático y experto periodista don Conrado Ríos Gallardo, ha escrito un nuevo libro: *Chile y Bolivia definen sus fronteras*, que, junto con *Después de la Paz... Las Relaciones Chileno-Bolivianas*, 1926; *Chile y Perú. Los Pactos de 1929*, 1956, y *Chile y Argentina. Consolidación de sus Fronteras*, 1960, confirman su prestigio de historiador sereno y veraz.

Don Conrado Ríos Gallardo ha logrado reunir todos los documentos necesarios para probar al mundo que Bolivia es, por naturaleza, un país mediterráneo y sin mar desde el primer día de su alumbramiento histórico, y que Chile ejerce su soberanía hasta el río Loa (21°30'5"), punto hasta el cual el "Libertador de Chile hacía llegar el puño de su autoridad".

Sucre, dice el moderno historiador, fue quien otorgó el primer puerto,